

Ficha bibliográfica:

-Catalán, Miguel, “John Dewey y el ideal de la democracia participativa”, *Debats*, CV (2009), pp. 178-192.

## **JOHN DEWEY Y EL IDEAL DE LA DEMOCRACIA PARTICIPATIVA**

“La experiencia compartida  
es el mayor de los bienes humanos”

John Dewey, *Experience and Nature*

### **1- MARCO CONCEPTUAL**

Me propongo analizar y valorar el ideal democrático del filósofo norteamericano John Dewey (1859-1952), quizá el filósofo pragmatista más conocido dentro y fuera de su país. Dewey tenía una idea de la democracia que después, y a través de su influencia en autores como Sidney Hook, Benjamin Barber, William M. Sullivan o Richard Bernstein, se ha presentado con diversos rótulos: “participativa”, pero también “radical”, “social” o incluso “socialista”.

Comenzaré exponiendo la concepción general que tenía Dewey de la democracia para contrastarla después con la situación histórica que marcó el inicio de su interés por los problemas de la democracia de su país; me refiero al hundimiento de la bolsa de Nueva York de 1929 y a sus consecuencias. En tercer lugar examinaré las causas de las disfunciones que según Dewey presentaba la democracia de su tiempo, y en cuarto sus intentos de influir mediante la teoría y la acción políticas en la marcha de los acontecimientos en pos de una organización más satisfactoria de la sociedad.

En cuanto a la concepción general de la democracia, se ha observado con razón que Dewey es seguramente el primer gran filósofo que defendió sin fisuras el sistema democrático como el más recomendable de los sistemas políticos conocidos. Quizá esto se deba en parte a que Dewey entiende la democracia en un sentido muy amplio: no sólo como un sistema de gobierno, sino sobre todo como un modo de vida; el único capaz de llevar a su punto más alto el desarrollo en sociedad de las facultades propiamente humanas de cada individuo. Lo decisivo en la democracia no son, siendo importantes, las instituciones estables a que hay que adaptarse, ni tampoco los mecanismos que determinan la acción política, sino más bien una característica forma de vida personal, familiar, vecinal y ciudadana que ha surgido en la historia de forma contingente y que, por tanto, exige su constante defensa en la vida cotidiana y su eficaz plasmación en las instituciones públicas, desde la escuela al Congreso de la nación. La savia democrática no fluye de arriba abajo, o del todo a las partes, sino más bien al contrario, de abajo arriba o de las partes al todo; de manera que las palabras posteriores de Karl R. Popper según las cuales un estado democrático no puede ser mejor que sus ciudadanos (Popper y Lorenz, 1992) parecieran inspiradas en las del opúsculo “I Believe”, donde Dewey afirma que las instituciones democráticas no garantizan la existencia de individuos demócratas (Dewey, 1939, 92). El siguiente razonamiento de Dewey ilustra muy bien este punto: «... la democracia es una forma *personal* de vida individual, que significa la posesión y el uso constante de ciertas actitudes que forjan el carácter y determinan los deseos y propósitos en todas las relaciones vitales. En vez de pensar que nuestros hábitos y disposiciones se acomodan a ciertas instituciones, debemos aprender a concebir estas últimas a modo de expresiones, proyecciones y extensiones de actitudes personales» (Dewey, 1940, 226).

La preeminencia del carácter moral de la democracia sobre sus diversas configuraciones históricas se encuentra enérgicamente expresada en el siguiente fragmento de *Democracy and Education in the World of Today*: «la causa de la democracia es la causa moral de la dignidad y del valor del individuo. (...) Es últimamente el único método por el cual los seres humanos pueden llevar adelante con éxito el experimento en que todos estamos implicados, querámoslo o no, el mayor experimento de la humanidad —el de vivir juntos de tal manera que la vida de cada uno sea provechosa en el sentido más profundo de la palabra, provechosa para uno mismo y productiva en la construcción de la individualidad de los demás» (Dewey, 1938<sup>2</sup>, 303).

No es de extrañar que, cifrando los fundamentos de la democracia en aspectos tan internos de la experiencia humana, Dewey tuviera lo que pudiéramos denominar un “sentido trascendental de la democracia”, más allá de su aparición temporal o sus vaivenes históricos, y la dotara de caracteres indelebles, ligados a la voluntad y a la dignidad humanas: de ahí la llamada “fe democrática”, que Dewey fijó como una posición filosófica bien definida; aunque he tenido la oportunidad de examinarla en otro lugar (Catalán, 1995), de todas maneras se expresa bien en las siguientes palabras suyas:

«(...) Cualquier otra forma de fe moral y social reposa sobre la idea de que la experiencia debe sujetarse llegada a cierto punto a cierta forma de control externo; a alguna “autoridad” que existe supuestamente fuera de los procesos de la propia experiencia. La democracia es la fe en que el proceso de la experiencia es más importante que cualquier resultado concreto, de suerte que esos resultados específicos obtenidos tienen verdadero valor sólo si se utilizan para enriquecer y ordenar el proceso en marcha. Puesto que el proceso de la experiencia puede ser un agente educativo, la fe en la democracia es lo mismo que la fe en la experiencia y en la educación. Todos los fines y valores que se separen del proceso en marcha se convierten en obstáculos y fijaciones. Paralizan lo que se ha logrado en vez de usarlo para abrir el camino y señalar la dirección de nuevas y mejores experiencias» (Dewey, 1940<sup>1</sup>, 229).

Entenderemos mejor este “idealismo democrático” de Dewey al contrastarlo con el llamado “realismo democrático” de Walter Lippmann, un brillante columnista político con quien Dewey mantuvo una controversia sobre este asunto a lo largo de los años veinte. Lippmann había publicado en 1922 su conocido trabajo *Public Opinion*, al que siguió tres años después *The Phantom Public*; en ambos sugería que el pueblo debía mantener las manos fuera de todo gobierno democrático y limitarse a delegar su voto para que los expertos nombrados por sus representantes políticos gobernarán en su lugar. No es posible una democracia verdadera, afirma Lippmann, porque la gente corriente no tiene en general ideas definidas sobre la acción pública, sino estereotipos fácilmente manipulables por los ideólogos; el pueblo es demasiado ignorante como para hacer de la llamada “opinión pública” (un mito comparable al de la “democracia participativa” o “deliberativa”), algo distinto a la opinión mediatizada por la propaganda política, los medios de comunicación ideológicamente orientados o las relaciones públicas de los líderes. En definitiva, a esta “fabricación del consenso” y a

este gobierno tecnocrático podía llamársele democracia, pero pretender que además el pueblo dirigiera realmente los asuntos de gobierno o administración era una “falacia mística”; una fantasía política de ciertos teóricos que idealizaban las verdaderas posibilidades de las masas.

Aparte sendas breves reseñas a *Public Opinion* y *The Phantom Public* publicadas en la revista *New Republic*, se puede decir que Dewey contestó a Lippman de forma organizada en *The Public and its Problems* (1927). En este trabajo se mostró de acuerdo con Lippmann respecto a la diagnosis de la enfermedad, pero disintió radicalmente en su tratamiento. Reconoció que los ciudadanos de su tiempo no estaban en su mayoría dotados para tomar decisiones técnicas, concretas de gobierno, pero que ese déficit podía subsanarse mediante una educación en los valores de la participación democrática que ya desde la escuela enseñara a los individuos a analizar hechos y a tomar decisiones sobre asuntos de interés común. Suponía subestimar la capacidad de la educación para formar un público democrático pensar que éste no podía mejorar sus capacidades. Entretanto, no era idealismo pretender que los gobernantes dejaran de comportarse como una elite y permitieran a la prensa hacer su trabajo, dando a conocer a los ciudadanos el mayor número posible de datos de cada situación política y permitiendo que el público, el único en poder determinar el “bien público”, se manifestara al respecto en el mayor número de ocasiones posible, sobre todo en aquellas que afectaban a los intereses generales. Todo gobierno democrático debía tener tener el propósito de hacer que el pueblo participara en el proceso político cada vez en mayor medida; también en eso consistía la fe democrática. Característicamente, Lippmann permaneció siendo un “escéptico” o “pesimista” en este punto y Dewey un “optimista”; “idealista” o “ingenuo”; respecto al tipo de democracia que defendían, Lippmann fue calificado de “elitista” y Dewey de “participativo”.

Aparte los hábitos democráticos vividos por Dewey en su familia y después en la escuela pública de Burlington, en el estado de Vermont (unos elementos biográficos sobre los que no se puede decir gran cosa, excepto que se dieron), este concepto básico deweyano procede de dos fuentes teóricas distintas: por un lado de los escritos políticos de Thomas Jefferson, el tercer presidente en la historia de Estados Unidos, y por otro del magisterio científico del biólogo T. H. Huxley. Respecto a la concepción política de Jefferson, a quien Dewey definió en cierta ocasión como “nuestro primer gran demócrata” (Dewey, 1940, 203), en primer lugar se encuentran los escritos jeffersonianos en torno al significado moral de la democracia, principalmente su idea

de que todos los hombres deberían compartir el gobierno de sus asuntos no sólo el día de las elecciones, sino todos los días del año<sup>1</sup>, y más en concreto el modelo de autogobierno de las pequeñas comunidades rurales, visible en la concepción deweyana de la Gran Comunidad como una agrupación de pequeñas comunidades locales basadas en las relaciones personales y en la identificación local. La admiración de Jefferson por los “town meetings” de Nueva Inglaterra y su propuesta de dividir los condados en distritos para hacer de ellos pequeñas repúblicas que se ocuparan de sus propios asuntos: elecciones, milicias, nombramiento de jurados, carreteras vecinales, asistencia benéfica, etc., convencido de que solventarían las cuestiones que los afectaban de mejor manera que los grandes Estados, de suerte que esos distritos se ensamblaran como parte orgánica del proceso de gobierno de toda la nación, fue un modelo que Dewey citó admirativamente (Dewey, 1940<sup>2</sup>, 217) y que heredó como parte de su propio ideal político; este iba a consistir en la superación y asimilación dialéctica de la Gran Sociedad anónima y políticamente desinteresada, heredera de una revolución industrial que desarraigó a los trabajadores de sus tierras de origen, con el fin de transformarla en una Gran Comunidad (Dewey, 1927, 371). Las relaciones interpersonales que sólo se dan en la vida local deberían poder articularse políticamente mediante la comunicación y el asociacionismo hasta llegar a ser representadas en la vida política nacional.

La segunda gran influencia es la de T. H. Huxley; cuyo tratado *Lessons in Elementary Physiology* conoció Dewey en sus años de estudiante universitario. El modelo biológico de organismo de Huxley, entendido como una unidad surgida a partir de la interdependencia de sus elementos constitutivos, será un modelo de integración que a partir del ideal jeffersoniano de gobierno descentralizado también afectará al ámbito sociopolítico. La sociedad sería algo así como el cuerpo de un organismo que se resiente si las partes que lo componen no le ayudan a funcionar como un todo. Dewey recuerda la experiencia de la asimilación del libro de Huxley en su texto autobiográfico *Del absolutismo al experimentalismo*:

«Tuve la impresión —recuerda Dewey— de que se derivaba de este estudio un sentido de interdependencia y unidad interrelacionada que (...) creaba una especie de tipo o modelo de una visión de las cosas al cual debía adaptarse la materia en cualquier otro ámbito. Subconscientemente al menos, fui llevado a desear un mundo y una vida

---

<sup>1</sup> Dewey editó en 1940 un volumen de la *Living Thoughts Library* con los escritos políticos de Jefferson que prologó con un texto laudatorio titulado “Presenting Thomas Jefferson”.

que tendrían las mismas propiedades que mostraba el organismo humano en (...) el tratamiento de Huxley» (Dewey, 1930, 157-8).

El ideal participativo de la democracia que ambiciona Dewey a partir de estas influencias asoma ya en un ensayo tan temprano como *The Ethics of Democracy* (1888), donde la sociedad humana representa con mayor perfección que los organismos vivos el ideal organicista, pues en cada individuo vive el todo que a su vez se manifiesta como unidad de la vida espiritual. La sociedad y el individuo son orgánicos el uno respecto al otro (Dewey, 1888, 237)<sup>2</sup>. Este organicismo social se refleja en un texto muy posterior, en una cita que hace Dewey de la imaginaria aldea de Wiltshire; según la descripción del naturalista británico W. H. Hudson en su *A Traveller in Little Things*, todos los habitantes de esta pequeña población experimentan mediante una comunicación sin palabras la herida de hacha que ha sufrido uno de ellos. Aun cuando ya para entonces sabe bien que la realidad contemporánea es muy otra, una realidad compuesta por grandes estados regidos desde impersonales metrópolis, el organicismo todavía ejerce un gran atractivo sobre el Dewey maduro de 1927. Una adecuada descripción de su ideal de democracia participativa en las sociedades modernas, amplias y complejas, se puede encontrar en el artículo de 1937 “Democracy and Educational Administration”: «La nota clave de la democracia como forma de vida puede ser expresada, a mi modo de ver, como la necesidad de la participación de todo ser humano adulto en la formación de los valores que regulan la vida de los hombres, tanto desde el punto de vista del bienestar social de todos como del completo desarrollo de los seres humanos como individuos» (Dewey, 1937, 217-8).

## **2 — LA REALIDAD DEMOCRÁTICA BAJO EL CAPITALISMO DE HECHO: LA DESCRIPCIÓN DE LA SITUACIÓN EN EE.UU.**

El ideal de democracia deweyana contrasta con la situación real de la sociedad americana de su época, tal como la ve el propio Dewey. Su teoría política se sitúa en una fase crucial para la democracia norteamericana, y por tanto, para la historia general de este sistema político, como fue la vivida en aquel país a finales de los años 20 y todo el decenio de los 30 del siglo XX. Esos años estuvieron marcados, como todos

---

<sup>2</sup> En “Fe democrática y experiencia compartida” estudio con mayor detalle este organicismo social de Dewey, incluyendo la descripción de la aldea de Wiltshire.

sabemos, por una situación crítica. Pocos meses después de que el republicano Herbert Hoover jurara su cargo como presidente de la nación, un capitalismo desregulado con grandes bolsas de especulación y carente de cualquier estabilizador automático llevó al *crack* de la bolsa (o el *stock market crash*, como prefieren llamarlo los economistas) de 1929, un colapso del mercado de valores que dio paso a una depresión económica de largo alcance. La llamada *Great Depression* duró unos diez años y afectó no sólo a EE. UU., sino en mayor o menor medida a todos los países industrializados. Cerraron incontables empresas, grandes masas de trabajadores perdieron su empleo y el sistema bancario dejó de funcionar en medio de una asfixiante deflación. Por otra parte, en aquellos años el comunismo estaba acrecentando su prestigio en todo el mundo como un sistema político que parecía haber encontrado un método más racional de afrontar los vaivenes y complejidades de la vida económica.

Pese a que dos años antes Dewey ya había dado a conocer su pensamiento político con *The Public and its Problems* (PIP), es este estado de cosas que inaugura el colapso financiero del 29 el que anima a Dewey a pensar, escribir y actuar de una manera constante sobre los problemas políticos de su país y del mundo, actividad que ya no abandonará hasta el final de su vida en 1952.

Antes y después de 1929, Dewey describe en diversos lugares la situación contemporánea en EE. UU. como “atomizada” e “injusta”: en resumen, unos pocos individuos y unas pocas grandes corporaciones detentan el poder económico y la toma de decisiones políticas sin tener en cuenta más que su propio interés, en tanto la mayoría de la población se encuentra al margen de la dirección de sus propios asuntos. En su *Lógica* escribe Dewey, por ejemplo, que los ciudadanos no se sienten “parte del todo”, sino meros engranajes (*cogs*) de una máquina financiera y política que los supera y a la vez los deja fuera: «Bajo un régimen con finanzas e industria altamente centralizadas, la inmensa mayoría de los individuos subordinados tienden a convertirse en engranajes de una vasta máquina cuyo funcionamiento no comprenden, y en cuya dirección no tienen arte ni parte» (Dewey, 1938<sup>1</sup>, 252).

Dewey alude a lo que después denominó “capitalismo desregulado” como el más grave problema de la democracia: el hecho de que la economía sea independiente de la política, pero no la política de la economía; a la economía dicte sus leyes a los gobiernos. Como consecuencia de este déficit de la inteligencia organizada para controlar los asuntos más importantes de la vida en común, se produce un déficit democrático: no existe propiamente un público democrático que participe en los

asuntos de gobierno y acción pública, sino un agregado de individuos que vive al margen de la cosa pública. En *The Public and its problems* ya resulta fundamental el concepto de “democracia participativa”; en su parte analítica, el libro es un estudio crítico de la situación política del país en los años 20, y viene a sostener que la nación norteamericana no podría ser considerada una comunidad hasta que los ciudadanos (el público democrático”) no fueran conscientes de los vínculos políticos que los unían entre sí; hasta que la gente no sintiera como propias las instituciones políticas. Como ha mostrado el discípulo de Dewey Sidney Hook (Hook, 1991, xxiv-xxv), en esa relación desempeña un gran papel la idea de que una sociedad como la norteamericana de aquella época, cuyos individuos se sentían dominados por la impersonalidad de los procesos políticos y el imperio de las grandes empresas, no podía recibir sin más el nombre de democracia.

Que buena parte del problema radica en el capitalismo industrial que se venía arrastrando desde fines del siglo anterior ya se detecta en *Individualism, Old and New* (ION), una obra que empezó a publicarse antes del *crash* del 29 en la revista *New Republic*. Allí establece Dewey la contradicción entre las creencias, por un lado, y las instituciones y las prácticas por otro; dicho de otra manera, entre los principios de igualdad, libertad y justicia consagrados por la Constitución del país y lo que Dewey denuncia como una “cultura pecuniaria” o del dinero que puede con todo y genera grandes desigualdades sociales, aceptadas sin escándalo hasta en los casos más lamentables. En ION censuró la ausencia del seguro médico social y del seguro de desempleo, así como, en general, la inactividad de los sindicatos. La Gran Sociedad capitalista no tiene nada que ver con la Gran Comunidad democrática. En PIP leemos: « La Gran Sociedad creada por el vapor y la electricidad podrá ser una sociedad, pero no es una comunidad. La invasión de la comunidad por nuevos modos de comportamiento humano, relativamente impersonales y mecánicos es el hecho más sobresaliente de la vida moderna. En estas formas de actividad agregada la comunidad, en su sentido estricto, no es un socio consciente, y carece de control directo sobre la misma» (Dewey, 1927, 296).

### **3: LA INADAPTACIÓN DEL VIEJO LIBERALISMO A LAS NUEVAS CONDICIONES SOCIALES**



Las causas de esa situación, tal como las entiende Dewey en *ION*, son las de la incongruencia entre el viejo liberalismo y las nuevas condiciones sociales.

En resumidas cuentas, y a riesgo de simplificar las cosas, Dewey piensa que en los siglos XVIII y XIX el liberalismo del *laissez faire* era adecuado a sus tiempos y moralmente progresista, pues significó sobre todo en Inglaterra la liberación de las fuerzas económicas y sociales respecto a las pretensiones constrictivas de los Estados absolutistas y conservadores europeos; a riesgo de simplificar aún más las cosas, defendió al “individuo” frente a los abusos del “Estado”.

Ahora bien, las nuevas condiciones (ION) del siglo XX son radicalmente distintas a las de siglos anteriores; son las condiciones de una *collective age* con empresas a gran escala que contratan a centenares de trabajadores y se asocian en poderosos *trusts* en pos de los intereses privados de sus propietarios; el poder económico, en consecuencia, queda concentrado en unas pocas fortunas.

El problema reside en que el viejo liberalismo ha quedado reducido, interesadamente, a la intocabilidad del poder productivo y de las ganancias privadas. Con ello se ha producido una paradójica “inversión de valores”: quienes ahora invocan la libertad irrestricta de acción económica ante cualquier intento de controlar la economía son precisamente aquellos que quieren conservar un *statu quo* injusto y contrario a los intereses de la mayoría. El liberalismo habría pasado de ser una ideología progresista a ser una ideología conservadora.

Se ha producido la paradoja, afirma Dewey en *ION*, de que en una sociedad colectiva (donde la mayoría de los asalariados presta sus servicios en grandes empresas) se siguen esgrimiendo los valores individualistas y protestantes de un mundo de frontera que ya no existe, cuando en América del Norte se daba un sano “individualismo de los pioneros”, de los granjeros, comerciantes o pequeños industriales.

Este abuso de las palabras que las ha llevado a significar lo contrario de lo que antes significaban haría necesaria una redefinición de términos como “libertad”, “liberalismo” o “derechos individuales”.

#### **4: LA PROPUESTA DE DEWEY: DEMOCRACIA PARTICIPATIVA O SOCIALISTA**

La solución propuesta por Dewey fue la de reconstruir, no sólo la nomenclatura, sino también la teoría del liberalismo, de manera que pudiera contribuir a solucionar los nuevos problemas originados por el monopolio del poder que sustentaba el capital financiero. Se trataba de arrebatarse ese poder a las grandes empresas privadas respetando los valores fundamentales del liberalismo: la libertad política de elección y elegibilidad y las libertades civiles de asociación, expresión e investigación; se trataba, pues, de remediar no sólo o no tanto la pobreza de un buen número de ciudadanos (el reparto de los beneficios derivados de la producción), cuanto la participación en la propia producción:

«Si la libertad universal ha de convertirse en una realidad, debemos encontrar métodos por los que la inmensa mayoría de los individuos pueda compartir más ampliamente que ahora la dirección de los procesos industriales. No basta con procurarles una porción más amplia de los productos materiales y pecuniarios (...) para asegurarles una libertad genuina» (Dewey, 1938<sup>1</sup>, 252).

Según Dewey, la situación actual de su tiempo sólo beneficia a quienes controlan el poder económico sobre la mayoría; lo que llama el “nuevo feudalismo” de las grandes empresas. La política (democrática, participativa) debe “regir” y “dar unas normas” a las fuerzas económicas para evitar sus efectos antisociales, pues la libertad de los ciudadanos sólo es tal en la medida en que éstos tengan “poder” para actuar. En Dewey, la libertad y la distribución del poder son conceptos íntimamente emparentados. Si se dan barreras muy difíciles de salvar para que la mayoría entre en la gestión de la economía, entonces no hay libertad económica más que en un sentido simbólico. Así, la libertad tendrá que ver con la igualdad en el reparto del poder; sólo de esa forma, escribe Dewey, el liberalismo político del XIX que pretendía descargar al individuo del yugo de la tiranía del Estado dejará de estar secuestrado por el liberalismo económico que, so capa de liberalismo liberador, o incluso libertario, pretende mantener los privilegios antisociales obtenidos en ausencia de un Estado fuerte.

El nuevo liberalismo de Estado fuerte que propone Dewey habría de convertir la democracia en una “inteligencia colectiva” que deslegitime el capitalismo. Es el ideal de democracia socialista que se observa en, por ejemplo, *Liberalism and Social Action* (1935). Esta idea reforzadora del Estado nos introduce en el problema del “socialismo” o “izquierdismo de Dewey”. Aunque Dewey siempre mantuvo que su socialismo era “liberal” o “democrático”, en contraste con el socialismo “burocrático”,

“autoritario” o “de Estado”, como afirmó una y otra vez ya en los años 30, y aunque también reconoció en diversos lugares que su ideal de nuevo liberalismo era cierto socialismo (por ejemplo, en Dewey, 1929, 98); se les diera el nombre que se les diera, sus ataques al “sistema de provecho” capitalista y su defensa de la planificación económica llevaron a que algunos se preguntaran sobre su postura ante la dicotomía entre capitalismo y socialismo. Puesto en la tesitura, ¿defendería Dewey una organización económica últimamente capitalista, o últimamente comunista?

Opuesto por igual al “capitalismo de Estado” y al “socialismo de Estado”, es preciso reconocer cierta ambigüedad última en Dewey sobre este punto, apoyados por la ausencia de un programa claro de acción. Esta ambigüedad ha llevado a conceptualizar su pensamiento tanto de socialista democrático como de demócrata socialista.

En “I Believe”, un texto autorreferencial tan tardío como de 1939, el propio Dewey expresaba el dilema en sus propios términos: «El peligro reside en que para liberarse de los males del colectivismo económico privado nos echemos en brazos del colectivismo político económico»; para esa época Dewey ya era consciente, conforme ascendían en Europa los totalitarismos de los años 30 preparando la segunda guerra mundial, de que un Consejo Económico independiente del gobierno como el que había propugnado en ION —y que luego veremos con algo más de detalle—, de ser dominado por burócratas o ideólogos, era tan peligroso como un corporacionismo dominado por las grandes empresas. R. Westbrook ha explicado esto señalando lo problemático que resultaba el hecho de que la destrucción del capitalismo financiero y la institución de la planificación social parecía llevar en la mente de sus proponentes y adversarios al establecimiento de un Estado tan fuerte que pusiera en peligro la existencia de la propia democracia (Westbrook, 1991, 439)<sup>3</sup>.

Es un hecho que Dewey demandó en toda su época política, desde los años veinte hasta el final de sus días, una alternativa democrática al capitalismo, pues no creía que capitalismo y democracia fueran enteramente compatibles. Dewey pensaba que, por su propia naturaleza, el sistema capitalista se opondría en todo tiempo a la redistribución de la riqueza y a la cesión de cuotas de poder, a la seguridad en el trabajo y a la participación ciudadana. Ahora bien, es otro hecho que bien pronto, ya en los primeros años 30, dejó de creer en el experimento comunista, como veremos enseguida.

---

<sup>3</sup> He seguido en las páginas siguientes la exposición diacrónica que hace Westbrook en el capítulo 13.

Dewey, en todo caso, buscó a lo largo de su vida algo así como una tercera vía; un sistema de gobierno que evitara la respuesta excluyente en el sentido de “sistema económico capitalista” o “socialista”; una alternativa que evitara por igual la anarquía del capitalismo y la asfixia del colectivismo burocrático: así, buscó formas de organización y planificación que, un poco al modo jeffersoniano, partieran de la asociación de ciudadanos, de abajo arriba, una forma de socialismo que no fuera un “socialismo de estado”, sino un “socialismo liberal” sujeto a los controles democráticos. En ese sentido propone algún bosquejo de la socialización en ciertos sectores profesionales: En “I Believe” afirma que su socialismo podría ser denominado “funcional”: «Su naturaleza podría ilustrarse con el movimiento para la socialización de la medicina. Pienso que esta socialización (...) puede llegar de dos formas muy distintas. Puede darse como una medida estatal, bajo control político; o puede darse como consecuencia y resultado de los esfuerzos de la profesión médica consciente de su función social y de sus responsabilidades» (Dewey, 1939, 95). En *ION*, por su parte, dio una idea del tipo de articulación política institucional que deseaba al proponer la idea de un Consejo Económico representativo y permanente donde se reunieran las fuerzas financieras con las políticas y sindicales para regular la actividad industrial. Una institución semejante ayudaría a emprender constructiva y voluntariamente un camino en que la Rusia Soviética estaba transitando mediante la destrucción y la coacción (Dewey, 1929, 98). Buscaba, pues, una planificación laboral y económica deliberativa, consentida, de carácter democrático. A tal fin, y ante las críticas de autores como Walter Lippmann, que identificaban planificación y socialismo con planificación burocrática y socialismo de estado, Dewey distinguió entre una sociedad planificada (“planned”), donde los planes se impondrían sin discusión desde arriba, y una sociedad planificadora (“planning”), que implicaba la planificación voluntaria a partir de la actividad de grupos de profesionales, productores, trabajadores y consumidores.

Respecto al liberalismo de Dewey, un elemento de gran importancia fue la evolución de su opinión respecto al socialismo marxista llevado a la práctica. Dewey prestó mucha atención a la Revolución Rusa, depositó grandes expectativas en ella y saludó sus primeras consecuencias como un experimento social de primer orden que podría cambiar la historia para bien. En 1929 (en *ION*) pensaba que los historiadores del futuro admirarían la imaginación del comunismo para poner los recursos de la tecnología al servicio de fines comúnmente elegidos mediante planes organizados.

Un año antes, en 1928, había viajado a la Rusia soviética con una delegación de educadores norteamericanos, y escribió sus impresiones favorables en una serie de seis artículos publicados a lo largo de ese mismo año en la revista *New Republic*. Las cooperativas, la socialización de la enseñanza y de la medicina le entusiasmaron, pero sobre todo le entusiasmó su percepción de que, más allá de la ideología y de la organización política que se estaba poniendo en marcha, la gente corriente sentía que estaba participando en la dirección de su propio destino, una percepción de la que carecía el norteamericano medio. Las siguientes palabras de la primera entrega de “*Impressions of Soviet Russia*” resultan ilustrativas, al señalar que, por encima de un comunismo que todavía no tenía lugar, estaba «el hecho de una revolución lograda en el corazón y en la mente, esa liberación de un pueblo a la conciencia de sí mismo como poder determinante en la construcción de su propio destino» (Dewey, 1928, 204).

Es cierto que su predisposición le impidió ver los primeros síntomas de autocracia que otros ya eran capaces de ver; ese mismo año de su visita, por ejemplo, se llevó a cabo una purga en la Academia Soviética de Ciencias. Aunque parece probable que la descripción de Dewey se basara en lo que sucedía realmente en distintos sectores de la vida laboral soviética, alguien escribió después que su descripción de la Rusia soviética tenía un 1% de Rusia y un 99% de Dewey. En todo caso, pese a que ya entonces se mostraba contrario al historicismo y dogmatismo de la teoría marxista, Dewey valoró sobre todo la energía moral que liberaba la Revolución, una energía que podía conducir en Rusia a su ideal de democracia participativa.

Dewey se fue distanciando del comunismo desde los primeros años 30, cuando supo de la represión política y de las depuraciones ideológicas llevadas a cabo por Stalin, así como de la interrupción de aquellos experimentos sociales que pudieran hacerle perder el control de los acontecimientos; cuando, en fin, se vislumbraba el camino hacia el totalitarismo. Peter Viereck sentenció después que el esplendor de los intelectuales durante los años 30 fue su oposición al fascismo, en tanto que su miseria fue su ceguera frente al comunismo. Se refería no sólo a quienes colaboraron con y defendieron el estalinismo hasta el final, como Julien Benda o J. P. Sartre, sino a los eminentes intelectuales que tomaron distancia demasiado tarde como J. L. Austin, L. Wittgenstein o H. G. Wells, los cuales elogiaron a Stalin tras sus visitas respectivas a la Rusia soviética ya entrados los años 30, y se mostraron públicamente interesados en emigrar a aquel país (Wittgenstein), o hicieron proselitismo en su medio académico (J. L. Austin en Oxford) o recordaron su encuentro con el dictador con las palabras

“Nunca he conocido a un hombre más ingenuo, justo y honesto” (H. G. Wells). Uno de los motivos de que Dewey terminara enfrentado frontalmente al experimento soviético se debió sin duda a la estrategia de empeorar las cosas (“cuanto peor, mejor”) y las tácticas de falsedades y calumnias emprendidas por el Partido Comunista norteamericano para hacerse con el poder en el sindicato de profesores al que pertenecía Dewey (Westbrook, 479-80). Sidney Hook, un discípulo suyo que intentaba combinar el pragmatismo con el marxismo, publicó en 1933 un ensayo titulado *Towards the Understanding of Karl Marx*; bien recibido al principio por los comunistas americanos, fue sin embargo calificado de “reptil contrarrevolucionario” cuando desafió la disciplina ideológica. En 1937, además, tuvo lugar un incidente de amplias consecuencias, cuando Dewey aceptó presidir la Comisión que mostraría que los cargos contra León Trotsky en los juicios de Moscú habían sido fabricados por el gobierno de Stalin. La defensa de Trotsky por parte de Dewey levantó una oleada de protestas en los partidos comunistas americano y ruso; Dewey fue calificado de “fascista” e “instrumento de la reacción” por los comunistas americanos, y tuvo que dimitir como miembro del Consejo de Redacción de la revista política *New Republic*, que había sido su medio habitual de expresión hasta ese momento. A partir de aquel suceso, los comunistas americanos se volvieron antideweyanos y Dewey, anticomunista. Dewey fue después nombrado presidente honorario del Comité para la Libertad Cultural (*Committee for Cultural Freedom*), que denunciaba las amenazas a la libertad de expresión y opinión en países bajo gobiernos fascistas y comunistas, cuya vinculación bajo el totalitarismo alcanzó una dimensión política cuando en agosto de 1939 se firmó el pacto de no agresión entre Stalin y Hitler. Desde ese momento, y pese a la ruptura unilateral del pacto por parte de Hitler, Dewey se mostrará decididamente anticomunista; como se verá en su ataque a la revista *New Leader*, dejará fuera a los comunistas americanos en su intento de reconstrucción de la democracia de su país por medio de un tercer partido político basado en el movimiento sindical americano. Aunque Dewey se mostró contrario a las normativas que durante los años 40 pretendían expulsar a los profesores comunistas de la docencia, y criticó la “histeria anticomunista”, sus escritos de denuncia contra filmes o textos comunistas desempeñarán cierto papel en el ambiente de temor al comunismo típico de la Guerra Fría, y hasta en el ataque reaccionario contra el radicalismo llevado a cabo por el senador Joseph McCarthy. Mantenerse igualmente alejado de los intolerantes de uno y otro bando otros fue una difícil tarea que ni siquiera Dewey realizó a la perfección.

Pese a mostrarse un admirador de algunas tesis marxianas, como la de la importancia de la economía para la historia, la lucha de clases o la defensa del trabajo frente al capital, Dewey nunca fue un marxista, ni siquiera en los años 20. Ya en ION había criticado a Marx las tesis erróneas de la “consunción del capitalismo por sus propias contradicciones” o los “sueldos crónicos de subsistencia”, y siempre desconfió de nociones proféticas como la inevitabilidad: la inevitabilidad de la violencia para acceder al poder, la inevitabilidad de la caída del capitalismo o la inevitabilidad de la lucha de clases. En 1934 describió ácidamente cuanto le separaba del comunismo:

«(...) una de las razones por las que no soy comunista es que el tono emocional y los métodos de discusión que parecen acompañar al comunismo actual me repugnan profundamente. El juego limpio, una elemental honradez en la representación de los hechos y especialmente de las opiniones ajenas, son algo más que “virtudes burguesas”. Son comportamientos que se han logrado sólo después de una larga lucha. No se encuentran firmemente asentados en la naturaleza humana ni siquiera ahora — obsérvese si no los métodos que han llevado al poder al hitlerismo. Su olvido sistemático, persistente y aparentemente intencional por parte de los representantes comunistas, la histeria de sus denuncias, sus intentos de asesinato moral de los adversarios, su representación de los puntos de vista “liberales”, a los que sin embargo apelan en busca de ayuda en sus campañas defensivas, su política de “gobernar o arruinar” (...), sus aparentes convicciones de que lo que entienden como el fin justifica el uso de *todo* medio si sólo esos medios prometen el éxito — todos ellos, a mi juicio, resultan fatales para el fin que los comunistas profesan mantener» (Dewey, 1934, 94).

En 1939 Dewey publicó *Freedom and Culture*, donde tacha la pretensión científicista de la filosofía marxista de mero espejismo que escondía en su seno la violencia contra toda disensión, por tímida que fuera. Calificó el materialismo dialéctico de absolutismo filosófico, y su científicismo de intolerancia; recordó que el método científico se caracterizan por la prueba y el error, por la revisión de postulados e hipótesis, más que por la defensa de la verdad absoluta mediante excesos verbales.

Hay que decir que, como era de esperar, los marxistas acusarían a Dewey de “heraldo del capitalismo”; en tanto en su propio país Dewey fue tildado en no pocas ocasiones de “filocomunista”, o más en concreto de “bolchevique de café” (*armchair Bolshevik*). Y es que su posición cada vez más crítica ante el marxismo teórico y práctico no redujo su desconfianza hacia el capitalismo. Sería injusto decir, no

obstante, que la posición de Dewey era equidistante entre capitalismo y comunismo; un prueba de ello es su indignación cuando los países comunistas se autoproclamaron “democráticos”. En un artículo de 1948 califica tal autodescripción de corrupción del lenguaje: «La asimilación por estados totalitarios de la palabra “democracia” para nombrar un régimen que abiertamente sofoca cada una de las libertades de expresión, reunión o discusión que han sustanciado hasta hoy la democracia es suficiente para mostrar este punto» (Dewey, 1948, 248).

## **5: RADICALISMO EN ACCION. EL TERCER PARTIDO**

Así pues, sólo dentro del bloque capitalista se podía intentar desde dentro la reforma del liberalismo, que era el propósito final de Dewey. Que el partido demócrata se encontraba demasiado cerca del republicano en la defensa del “capitalismo de estado” y del “sistema de provecho”, y que, por tanto, no satisfacía los deseos de saneamiento social de Dewey, se puede observar en el hecho de que este, sorprendentemente para muchos, se mostró crítico con el *New Deal* con que el presidente Franklin D. Roosevelt afrontó a partir del 4 de marzo de 1933 el grave problema de la depresión económica. Sorprendentemente, porque las reformas del *New Deal* parecían poner en práctica los ideales de planificación y organización económica propugnados por Dewey y, en general, su propuesta de resolver problemas sociales aplicando el experimentalismo de las ciencias naturales. Pero para Dewey las reformas del *New Deal* sólo se proponían aplicar parches a un sistema radicalmente corrupto; ni siquiera un capitalismo reformado podía acercarse demasiado a una democracia bien entendida. Había que ir más lejos, en la dirección del partido laborista británico o los partidos socialdemócratas europeos, en favor del trabajo y los trabajadores; cuando la democracia debía ponerse del lado de los desempleados, señaló un discurso de 1932, ni el partido demócrata ni el republicano dejaban de ser los “recaderos” (*errand boys*) de los grandes negocios.

El caso es que John Dewey participó activamente en los años 30 en una serie de intentos, últimamente frustrados, de llevar a la práctica sus ideales de crear una democracia socialista que retuviera lo mejor de los valores liberales tradicionales y contribuyera al reparto real de la libertad (del poder) económico. Y pretendía llevar a la práctica esos ideales “radicales” siguiendo la estrategia de acceso al poder



típicamente liberal: las elecciones libres. En ese orden participó activamente en el intento de crear un tercer partido a la izquierda del partido demócrata. En su artículo de 1931 “La necesidad de un nuevo partido” (Dewey, 1931, 163), Dewey pretende reclamar el voto de los trabajadores y de las mujeres, pero también de los profesionales de la clase media. Dewey propuso al secretario nacional del Partido Socialista norteamericano, Clarence Senior, que se incorporara con los suyos al proyecto del tercer partido, y a ese efecto le pidió que abandonara el término “socialista” que tanto rechazo generaba entre los votantes norteamericanos. Los socialistas declinaron la oferta. Aquella renuncia representó un duro golpe para Dewey, quien pensaba que los socialistas norteamericanos debían formar el núcleo del nuevo partido.

También en el cambio de decenio del 20 al 30, y en parte debido a que su jubilación en 1930 le dejó más tiempo para el activismo, Dewey participó como presidente en dos iniciativas políticas que intentaban aglutinar fuerzas en orden a la creación de ese tercer partido: me refiero a la Liga para la Acción Política Independiente (LIPA), creada en un mítin de Nueva York el 15 de diciembre de 1928, y el Lobby del Pueblo (*People's Lobby*), creado un año después. Como presidente de esta última organización presionó durante los años de la depresión al Gobierno Federal para que aportara fondos para los desempleados, los granjeros empobrecidos, así como para reformar las leyes fiscales en orden a una mayor redistribución de los beneficios. Dewey fue presidente del *Lobby del pueblo* hasta 1936.

Los esfuerzos de Dewey para crear el tercer partido resultaron baldíos por varias razones: en primer lugar, los socialistas participaron en la LIPA, pero utilizándola como un instrumento a favor de su partido más bien que con la intención de integrarse en el tercer partido. También fue clave que la apelación de Dewey a la clase media en pos de un partido de amplia representación social desagradara a los socialistas norteamericanos. El LIPA cifró sus esfuerzos en las elecciones de 1936, y tenía un órgano oficioso de expresión desde 1933, el *Common Sense*. El sucesor del LIPA fue el FLPF (*Farmer-Labor Political Federation*), del que Dewey fue nombrado presidente honorario, y que persiguió el socialismo democrático de Dewey. Todos estos intentos prácticos de los años 30 desembocaron en sendos fracasos, no hay que decirlo. Sin embargo, Dewey siguió defendiendo su idea del socialismo democrático hasta el final de su vida.

## **6: CONCLUSIONES**

La obra política de Dewey es hija de su tiempo, y en concreto de la llamada Gran Depresión. Es razonable pensar que las ideas de Dewey a finales de los años veinte y primeros años treinta contribuyeran a perfilar lo que sería después el *New Deal* y, en definitiva, del Estado del bienestar que surgió en parte de aquella experiencia y que todavía se conserva, aunque ahora más amenazado por la llamada “impaciencia del capital” o la mundialización de la economía. Puede que nuestra experiencia de la ineficiencia de las economías planificadas y de la adaptación constante del capitalismo a las nuevas condiciones sociales haya dejado anticuada la idea de una planificación con amplia base social sobre un mercado menos libre. Acaso Dewey dio pocas pistas sobre cómo transformar la Gran Sociedad anónima y disgregada en la Gran Comunidad de diálogo creciente a partir de unas firmes raíces locales que esbozó en las últimas páginas de PIP. Quizás las empresas políticas en que se embarcó Dewey estuvieran marcadas, desde el movimiento para la deslegalización de la guerra a la Liga para la Acción Política Independiente, como se escribió en su obituario del *New York Times*, por un “quijotismo” (*kuisotism*) que desconcertará sin duda a quienes identifican de lejos pragmatismo con oportunismo.

Sin embargo, el pensamiento político de Dewey sigue vigente en muchos de sus aspectos, como muestran algunos de los más graves problemas todavía sin solución: la supeditación de los intereses sociales a los intereses económicos particulares en primer lugar. La subordinación de las relaciones sociales y políticas a las relaciones de mercado no ha hecho sino crecer desde entonces tanto en el plano nacional como en el internacional; la “lógica de las relaciones públicas”, como la ha llamado Jürgen Habermas, que se impone en la difusión de mensajes informativos de los medios de comunicación, por ejemplo. La “identificación del problema” del choque constitutivo entre democracia y capitalismo persiste en nuestro tiempo, como muestra la reciente denuncia de lo que ha llamado Ronald Dworkin la “tradición americana de la gran desigualdad que la mayoría de sus habitantes siguen dispuestos a aceptar como tolerable” (Dworkin, 1993, 81). Siguen vigentes el maltrato del medio ambiente por intereses privados y el consumo irrestricto de las fuentes de energía no

renovables, la pleitesía de los partidos políticos a los bancos que financian sus campañas y luego obtienen beneficios legislativos antisociales, incluyendo el secreto bancario de algunas grandes fortunas provenientes de los gobiernos corruptos en países del tercer mundo; hablando en general, persiste el imperio del subsistema económico sobre el político. La introducción en las empresas del principio de “responsabilidad social” sigue siendo una necesidad hoy como en los años 30, pues no ha hecho sino acrecentarse la supremacía del “cumplimiento de objetivos” por encima de las consideraciones humanitarias (los trabajadores y consumidores como “medios” para obtener una finalidad lucrativa que sigue teniendo hoy la última palabra).

En todo caso, al sistema mediante el cual la mayoría de los ciudadanos pudiera controlar la actividad productiva lo llamó en *Individualism Old and New* “democracia participativa”. Y pensaba que no se alejaba de cierta forma de socialismo. Un socialismo compatible con el respeto a los derechos individuales que tendría la misión de “humanizar el sistema industrial”.

Cincuenta años después de la muerte de Dewey y ochenta después de sus escritos políticos más importantes, no soplan vientos favorables al socialismo democrático o la democracia social propugnada por Dewey. Sin alternativas organizativas tras el fracaso del experimento socialista, el capitalismo se ha revelado como la única organización económica compatible con la democracia en los países industrializados. Por otra parte, las formas de socialismo que aceptaban el capitalismo no han sabido diferenciarse en sus defectos de las formas no socialistas; y, por último, se ha producido en los últimos decenios una amenaza creciente al Estado del bienestar, con el rechazo a los altos impuestos y la retirada de los gobiernos respecto al control de la actividad económica. En los despachos de Washington ha vuelto a triunfar la retórica republicana del individualismo de frontera en conjunción con el recorte de los

programas sociales, y parte de la ciudadanía carece de la protección de la sanidad pública. La reciente llegada de Barack Obama a la casa Blanca todavía no nos permite albergar la esperanza de grandes cambios al respecto. Y si la negativa de G. Bush a firmar del tratado de Kyotto fue una buena muestra de que los intereses económicos privados siguen ganando el pulso a los intereses a largo plazo de los ciudadanos, la crisis financiera de 2008 que aún estamos padeciendo a causa de la falta de control político de las operaciones económicas muestra que la actitud de crítica radical y humanista de Dewey, a despecho de su evidente quijotismo en ciertos aspectos, sigue teniendo hoy un hondo sentido.

## BIBLIOGRAFÍA

- Catalán, Miguel, "Fe democrática y experiencia compartida", *Quaderns de filosofia y ciència*, XXV/XXVI (1995), pp. 171-180.
- Dewey, John (1888), "The Ethics of Democracy", en OC, EW, 1: 227-249. Cito las Obras Completas de John Dewey a partir de la edición *The Collected Works of John Dewey 1882-1953*, Jo Ann Boydston (ed), Carbondale and Edwardsville: Southern Illinois University Press, 1969-1991, dividida en tres series: Obras Juveniles (*The Early Works: EW*), Obras del Período Medio (*The Middle Works: MW*) y obras de madurez (*The Later Works: LW*).
- Dewey, John (1927), *The Public and its Problems*, en OC, LW, 2: 235-372.
- Dewey, John (1928), *Impressions of Soviet Russia*, en OC, LW, 3: 202-284
- Dewey, John (1929), *Individualism, Old and New*, en OC, LW, 5: 41-123.
- Dewey, John (1930), "From Absolutism to Experimentalism", en OC, LW, 5: 147-160.
- Dewey, John (1931), "The Need of a New Party", OC, LW, 6: 156-181.
- Dewey, John (1934), "Why I Am Not a Communist", en OC, LW, 9: 91-5.
- Dewey, John (1937), "Democracy and Educational Administration", en OC, LW, 11: 217-225.
- Dewey, John (1938<sup>1</sup>) *Logic*, en OC, LW, 12.
- Dewey, John (1938<sup>2</sup>), "Democracy and Education in the World of Today", en OC, LW, 13: 294-303.
- Dewey, John (1939), "What I Believe"; en OC, LW, 14: 91-97.
- Dewey, John (1940<sup>1</sup>), "Creative Democracy--The Task Before Us", en John Dewey, OC, LW, 14: pp. 224-230.
- Dewey, John (1940<sup>2</sup>), "Presenting Thomas Jefferson", OC, LW, 14: 201-223.
- Dewey, John (1948), "«How to Anchor Liberalism», OC, LW, 15: 248-50.
- Hook, Sidney, "The Relevance of John Dewey's Thought", en John Dewey, OC, LW, 17: xvii-xxxiv.
- Dworkin, R., *Ética privada i igualitarismo político*, Barcelona: Paidós, 1993, p. 81.
- Popper, Karl, y Lorenz, Konrad, *El porvenir está abierto*, Barcelona: Tusquets, 1992, p. 197.
- Westbrook, Robert W., *John Dewey and American Democracy*, Ithaca y Londres: Cornell University Press, 1991, p. 439.